



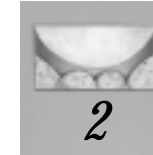
2

Historia de la Paz

Francisco A. Muñoz
Mario López Martínez

1. La «paz» en la historia; 2. Obstáculos para reconocer la Paz en la Historia; 3. Una historia de paz «imperfecta»; 4. Actores pacíficos: grupos sociales interesados en la paz; 5. Momentos históricos pacíficos; 6. Espacios pacíficos; 7. Acontecimientos pacíficos; 8. Una Historia de la Paz; 9. La construcción de futuros pacíficos.

Historia de la Paz



La Historia, junto a otras ciencias y disciplinas interesadas por las dinámicas de las sociedades humanas y en *hacer propuestas para alcanzar el máximo de bienestar*, ha tenido que actualizar continuamente sus presupuestos y perspectivas de acuerdo con los cambios, las preocupaciones y la conciencia del conocimiento científico. Esto incluye debates con la filosofía, la ontología (el ser desde la filosofía), la axiología (relativo a los valores), la economía, la política o la opinión pública en general. Responder a las demandas de las sociedades y hacer propuestas para *alcanzar futuros mejores* forma parte de su cometido.

La *Paz*, por su contenido pragmático y normativo puede ser un concepto relevante *para el análisis e interpretación de los fenómenos históricos, para estudiar el pasado, reconocer el presente y buscar futuros más justos*. [V. I. *La Paz*]



1. La «paz» en la historia

El Universo tiene unos 10.000 millones de años, la Tierra unos 4.600 millones de años y la aparición de la vida unos 3.500 millones de años. Aquí se inserta el *origen de la Humanidad*, en el orden de los *primates* cuya evolución se ha producido en los últimos 70 millones de años aproximadamente. Nuestra familia zoológica (*homínidos*) modificaron su aparato dental y comenzaron a caminar erguidos. Mejoraron su *lenguaje* y, por extensión, su desarrollo cerebral. Estos cambios anatómicos, liberaron las manos para otras tareas, optimizando el uso y la fabricación de herramientas, y facilitaron la formación de *grupos cooperativos*. Los *Australopithecus* fueron los primeros individuos del *genero Homo* (aparecieron entre los 4 y 8 millones de años en el continente africano). Nuestra especie *Sapiens* es conocida en la tierra desde hace aproximadamente

unos 100.000 años y, finalmente, pertenecemos a la subespecie *Homo sapiens sapiens*.

Esta panorámica de la evolución humana tiene sentido porque queremos resaltar la profunda dependencia que tienen nuestras conductas de nuestros ancestros milenarios. Nuestra cultura encierra la *experiencia que cientos de miles de individuos y grupos* han aportado a lo largo de los siglos. En todo este proceso la *socialización*, la actuación en grupo, es una de las principales características que han asegurado el éxito de la especie. Las normas culturales cohesionaban y aseguraban las prácticas individuales y grupales en estos niveles de *cooperación, sentido de la colectividad e igualdad*.

Esta historia ha estado plagada –por suerte– de conflictos. *La Historia no existiría sin conflictos*, sin que las personas, los grupos y la propia especie, hubieran realizado propuestas distintas ante situaciones similares. Los conflictos son los que permiten que funcione la capacidad adaptativa a situaciones nuevas variables. La opción por una u otra vías corresponde a los individuos y a las interacciones e interdependencias sociales, resultado de experiencias, conciencia, cultura material e inmaterial, conocimiento, etc., diferentes para cada sociedad y para cada contexto. Por ello, cada situación histórica es fruto de la experiencia de los actores que la conforman (individuos y grupos interrelacionados), con las múltiples variables ofrecidas desde muchos campos del desarrollo humano. [V. VI. *Qué son los conflictos*]

Así, los grupos han ordenado y articulado la satisfacción de sus necesidades a través de la interacción recíproca, la conciencia de grupo, la existencia de objetivos, valores y actividades compartidas, la estabilidad y duración relativa de las mismas, y la identificación social. Los individuos se organizan en instituciones, definidas por el conjunto integrado y coherente de pautas de conducta, recurrentes y estables, que aseguran el cumplimiento de funciones socialmente relevantes. Finalmente, es en los procesos de *socialización* –y «pacificación» diríamos nosotros–, que se producen en cualquier momento histórico, cuando se llega a alcanzar la conciencia de uno mismo, a través del reconocimiento e interiorización de los otros. [V. VIII. *Regulación de conflictos y sentimientos*]

En tal sentido, resaltar el papel del *altruismo*, la *solidaridad*, y la *cooperación*, así como otras actitudes (dulzura, ternura, amistad,...), explica gran parte de nuestros comportamientos habituales. Su utilidad ya apareció en los grupos básicos de socialización (familia, tribu, gens, estirpe,...); después, casi por definición, en los grupos de iguales; en las comunidades pequeñas (cerca de

500 miembros); en comunidades más complejas se aseguraban estos mismos comportamientos mediante instituciones (nación, administración, derecho, etc.); o, incluso, entre comunidades muy grandes mediante funciones institucionalizadas (diplomacia, pactos, etc.). Extendiéndose tales comportamientos a escenarios económicos, culturales y sociales de todo tipo.

Desde esta perspectiva podemos afirmar que *las experiencias pacíficas, de intercambio, cooperación, solidaridad, diplomacia, etc. han sido dominantes en la Historia*. Y, sin embargo, es una historia que por su cotidianeidad y «naturalidad» no deja huellas ostensibles, no ha necesitado ser resaltada, porque tampoco es estridente.

Pero, en verdad, también la concordia parece ser el más grande bien para las ciudades y muy frecuentemente en ellas los consejos de los ancianos y los mejores hombres aconsejan a los ciudadanos mantenerse en concordia y por todas partes en Grecia existe la ley de que los ciudadanos juren que se mantendrán en concordia y por todas parte juran este juramento; y creo yo que esto sucede no para que los ciudadanos juzguen a los mismos coros, ni para que alaben a los mismos flautistas, ni para que elijan a los mismos poetas, ni para que se complazcan con las mismas cosas, sino para que obedezcan las leyes. Así pues, cuando los ciudadanos permanecen en éstas, las ciudades llegan a ser más fuertes y más felices; pero sin la concordia ni una ciudad podría ser bien regida ni una casa bien administrada. (Jenofonte, Memorables 4.4.16.1.)

Sin embargo, la voluntad de los investigadores sí puede descubrir y resaltar muchos ejemplos de esta *paz silenciosa* o parcialmente silenciada. Por ejemplo, la *paz* nos ha dejado unos claros signos de su existencia en palabras, ideogramas e imágenes, son símbolos de su actividad que se han ido transmitiendo culturalmente. La mayoría de las lenguas tienen no sólo palabras para definir la paz sino también todo un campo semántico y conceptual formado por otros términos y expresiones que son complementarios entre sí. Desde el Egipto faraónico a la China actual, la paz ha estado presente, pasando por la *eiene* griega o la *pax* romana o la de muchas otras culturas.

La *Paz* desde el momento en que es abstraída por el lenguaje –actividad humana universal– queda *fijada en la escritura*. Esta dimensión histórica y cultural del lenguaje queda reflejada en las múltiples dimensiones vividas por los diferentes pueblos y cosmovisiones que en la Historia han existido. Si la lengua es un instrumento de comunicación y soporte de nuestro pensamiento o el mejor «espejo de nuestro pensamiento», igualmente las barreras lingüísti-

cas pueden ser superadas por otros lenguajes más universales, ancestrales y comunes de gestos, gritos, comportamientos, etc. que permiten la comunicación y de muchos de ellos también se nutre la paz (y sus experiencias asociadas: amor, salud, hospitalidad, abundancia, alianzas, negociación, etc.). Ello, permite también traspasar culturas y tiempos, porque son valores fácilmente asumibles independientemente de los contextos culturales donde se hayan producido. [V. IV. *Culturas religiones y Paz*]

De otro lado, se podría entender también que aquellos grupos humanos que mantuviesen una mejor *armonía con la Naturaleza*, que gestionasen mejor las energías y mantuvieran mayores niveles de equilibrio y sostenibilidad con sus ecosistemas serían *más pacíficos para consigo mismos y para con las generaciones futuras*. Sus actividades se ajustarían a la obtención de los recursos necesarios al menor coste posible, también aquellos en los que la distancia entre la producción, la distribución y el consumo fuese lo más cercana posible. Esto estaba condicionado por la riqueza de partida del ecosistema, pero también por los grados de *cooperación social, las formas de coparticipación y decisión*. Entre esas sociedades o actividades de «baja entropía» o que menos desorden provocan, podríamos incluir gran parte de los sistemas productivos agropecuarios (recolección, actividades agrícolas y pesqueras sostenibles, etc.), también las tareas de ámbito doméstico, algunas tareas humanas (diálogo, lectura, contemplación, amor...), y sistemas de economía autosuficiente. Igualmente, podríamos decir, desde una dimensión ética, que todo ello se vería reflejado en la capacidad de preservación de un sistema humano para las generaciones futuras, su sensibilidad para tenerlas en cuenta, su capacidad de planificar un *desarrollo sostenible* [V. XVII.2. Desarrollo sostenible, justo y pacífico]

La *negociación*, omnipresente en todas las actividades humanas, es básicamente la acción por la cual uno o más actores en conflicto optan por ceder parte de sus intereses en función de preservar parte de ellos y de evitar el coste de mantener la tensión entre ellos. Supone ahorrar energías para todas las partes, optimizando los recursos disponibles. Para ello es necesario que se reconozca la situación conflictiva: que los distintos actores e intereses se reconozcan en toda su existencia y capacidades. *La negociación, pues, está presente en todas los niveles y escalas de la realidad humana*, incluso en los máximos niveles de asimetría y desigualdad por el grado de dependencia que tenemos unos de otros. Saber que hay otros, que no estamos solos, forma parte de nuestra indisociable sociabilidad que se ejecuta, día a día, negociando realidades y tensiones. [V. VII.5.1. Diálogo y negociación; VIII.3.1. Negociación]



2. Obstáculos para reconocer la Paz en la Historia

Debemos admitir que, a pesar de todo, tenemos ciertas dificultades para reconocer la paz en los tiempos pasados. Veamos cuáles pueden ser algunas de las causas de que esto ocurra. El primer obstáculo es que la *Paz* no ha sido un objeto central de estudio e investigación, por tanto, aún desconocemos mucho sobre ella. [V. I.1. Reconocer la Paz] El segundo es la existencia de la violencia y sus distintas manifestaciones (guerra, explotación, marginación, etc.) [V. X. *Manifestaciones de la violencia*]. El tercero, ha sido la sobre dimensión del papel que ha jugado esa violencia en la Historia, prueba de ello es la historiografía al respecto [V. IX. *Qué es la violencia*]. Asimismo, la perspectiva negativa de los conflictos entendidos como mecánicos y violentos forma parte de concepciones muy profundas y paradigmas muy arraigados. Parte de la labor consistirá en de-construir parte de estos principios relativizando su peso y abriendo nuevas perspectivas que se acerquen a la complejidad «solidaria y pacífica» humana.

Todas las culturas desde sus orígenes se han visto obligadas a ubicar la especie humana en la naturaleza y el cosmos, y a la par definir su propio ser y condición. Estas elaboraciones, aunque tienen muchos puntos en común, sin embargo no han dado las mismas soluciones a todas sus preocupaciones. Parte de ello es la imagen de la propia autoestima social, del espejo en el que mirarse o cómo proyectarse hacia el exterior. Desde la imagen de una «naturaleza» humana en armonía con el cosmos, hasta la de una especie perversa que rompe con el orden establecido y natural, las distintas interpretaciones se mueven entre las perspectivas armónicas-pacíficas (como algunas filosofías orientales), hasta las destructivas-violentas (como algunas concepciones del judaísmo, cristianismo e islam). [V. IV. *Culturas religiones y Paz*]

Asimismo, el individualismo, como doctrina ha exagerado la constitución de las sociedades como agregados de individuos, unidades básicas que se oponen a los grupos, la sociedad y otros conjuntos mayores. A partir de esta hipótesis fundamental, las normas, la cultura y el derecho deben buscar vías para armonizar esta realidad, para debilitar la competición y la lucha entre unidades y así evitar la destrucción. Interpretada así, la Historia puede ser el resultado de una lucha entre individuos, unos contra otros, por el control y satisfacción de sus necesidades, enlazando con arraigados presupuestos religiosos occidentales que hablan de lucha, sufrimiento y castigo (sean estos propios o ajenos) para sobrevivir.

Igualmente, estas teorías tienen uno de sus más claros representantes en Thomas Hobbes a través de los principios de la desconfianza y la competición que interpretan el comportamiento de la especie humana como una conducta antisocial, *homo monini lupus, bellum omnium contra omnes*. Sus propuestas del *contrato social* representan el acuerdo para no aniquilarse mutuamente ante la peligrosidad de las condiciones de partida. Todas estas aportaciones tuvieron –y aún la siguen teniendo– una fuerte influencia en el mundo occidental.

La hipótesis de la *lucha por la supervivencia* de Darwin se ha asimilado al desarrollo del individualismo y del libre mercado, presentes en su entorno social e intelectual. Esta teoría acabó por convertirse en un paradigma explicativo de la evolución de los animales y del hombre, pero también, tuvo su gran influencia en las propias concepciones de la Historia ya que presentaba las cualidades, la potencialidad, de cada individuo como justificación de su propia supervivencia y la de la evolución de la especie.

El darwinismo social, que se puede definir como aquella forma de selección que favorece a los actores más fuertes, despiadados y egoístas, hace pensar que los colectivos humanos deberían de transformarse para poseer los atributos más letales frente a aquellos otros que pudieran representar una igualdad de consideración entre las personas o cualquier otra forma de altruismo, generosidad o sacrificio hacia los más débiles o los peor adaptados. Así considerada, la concepción evolutiva, es como un programa político, una teoría que sólo puede conducir –como se ha podido comprobar en períodos recientes (colonización, nazificación, etc.)– a la peor alternativa de todas para el desarrollo de la especie. Este tipo de visiones puede que tuvieron influencia en teorías posteriores con la «lucha de clases» defendida por Karl Marx.



3. Una historia de paz «imperfecta»

Hemos defendido reconstruir una *Historia de la Paz*, como una parte inseparable y necesariamente complementaria con el resto de «historias» y de la «Historia» en general, donde la paz seguiría siendo todas aquellas *experiencias y estancias en las que los conflictos se han regulado pacíficamente* (firma de tratados, paz silenciosa, solidaridad, cooperación, actividades de baja entropía, etc.). Donde individuos y sociedades han escogido satisfacer sus necesidades y las de los otros basándose en criterios solidarios, siempre que ninguna causa ajena a sus voluntades (fenómenos de la naturaleza, crisis de subsistencia, epidemias,

agentes externos, etc.) lo impidiese. [V. I.4.2. Una Paz imperfecta, global y holística]

En este sentido, incluiríamos en la *Paz* las diversas escalas de las regulaciones pacíficas, ya sea a escala individual o grupal (la socialización, cariño, solidaridad, cooperación, etc.), regional (acuerdos, negociación, o intercambios) o internacional (pactos, tratados, organismos internacionales o intercambios). También la *paz* de las periferias, de las esferas subordinadas y marginadas, donde puede que existiera una mayor predisposición a las regulaciones pacíficas.

En la visualización de esta *Historia de la paz* incorporaríamos las interrelaciones causales entre las distintas estancias donde tales prácticas se producen. Es decir las posibles influencias que las acciones de un grupo pudieran tener en otros ámbitos y con otros grupos. Relaciones causales porque las prácticas mantenidas en un primer lugar pudieran ser la causa de que actitudes similares se mantuvieran posteriormente. La Historia está llena de ejemplos de este tipo, desde los buenos gobernantes, hasta los buenos gobernados que mantienen un nivel de coherencia ética y de comportamiento, hasta otros grupos claramente pacifistas, a posiciones de género que apuestan por cultivar el amor y la ternura, o las prácticas democráticas que quieren la convivencia y se autolimitan pensando en los demás y las repercusiones de sus decisiones.

Como vemos, no se trata de paces absolutas y perfectas, sino más bien de actos regulativos, transformadores y cotidianos de los conflictos. Son, más bien, formas de *Paz imperfecta* [V. Fig. 4] porque no es una paz total, ni está absolutamente presente en todos los espacios sociales, sino que convive con la violencia interpretando y tratando de regular el conflicto por la vía pacífica.

Este marco conceptual de la paz dentro de la reconstrucción de la *Historia de la Paz*, nos permitirá reconocer y analizar mejor nuestro pasado bajo premisas como: desarrollar el análisis de las causas, estructuras y dinámicas que generan conflictos; reconocer y potenciar las vías pacíficas hacia aquéllos; y, entre otras, establecer relaciones causales y mediaciones entre los diferentes niveles e instancias donde se practica la regulación pacífica y/o violenta de los conflictos. [V. Fig. 6]



4. Actores pacíficos: grupos sociales interesados en la Paz

La *Paz* como una elaboración social está apoyada por diferentes grupos que aparecen más directamente interesados en su construcción. No sólo por-

que estos grupos defiendan éticas y morales más nobles, sino también porque la consideran más eficaz para guardar los intereses generales y porque con ella se mantiene lo mejor y lo más creativo de todo conflicto. También, estos grupos suelen ser los menos beneficiados por todas las formas de violencia. Por lo tanto tienen razones muy fuertes para defender la paz. Asimismo, indagando: colectivos como las mujeres, los ancianos y los niños sintonizarían predominantemente con la paz. De la misma manera, en estos tres grandes grupos vemos: cooperación, solidaridad y mutua ayuda. Ellos serían la mayoría de la población y, sin embargo, a pesar de ellos, continúa habiendo muchas formas de violencia y de guerras. Veamos algunas otras posiciones.

Los débiles, los sometidos, los que satisfacen deficientemente sus necesidades, los que sufren más la violencia, creemos que desean más la paz. ¿La practican también más? Son concededores de la dependencia, de la fuerza de los poderosos, esto les hace intentar evitar –reconocimiento su «debilidad»– el uso de la violencia, regulando pacíficamente muchos conflictos para garantizar su supervivencia. Las mujeres, relegadas a las tareas domésticas en muchas ocasiones, sin acceso a la vida pública, han jugado también un papel importante en el mantenimiento de la vida y la paz [V. III. *Una Paz femenina*; Fig. 9]. Asimismo, los fuertes (grupos dominantes, ejércitos, estados, imperios, etc.) con otros objetivos como: mantener su poder y su estatus, también, están interesados en algunas clases de paz para legitimar ese orden y su autoridad, para hallar tranquilidad y limitar el uso de la fuerza bruta, negociando con los débiles. De esta manera grupos enfrentados encuentran también intereses comunes en la regulación de situaciones.

Las *actividades agropecuarias* (agricultura, pastoreo, caza, recolección, manufacturas domésticas, ...) en su conjunto, y las agrícolas en particular, representan gran parte de la historia de la humanidad. Por su relación directa con los ecosistemas, con los ciclos de la naturaleza, su organización en pequeños grupos y su lejanía física de los centros urbanos y de poder convencional tienen algunos rasgos que les confieren un carácter relativamente pacífico ya que la solución de sus problemas depende mayoritariamente de la cooperación, la solidaridad y la mutua ayuda ante los cambios del ecosistema, los trabajos de temporada, las desigualdades en la producción, etc. Incluso, hasta bien entrado el desarrollo del capitalismo, las actividades agrarias han sido dominantes desvelándose como actividades de baja entropía por su sostenibilidad energética y humana. [V. XVIII.5. «Cuestión agraria», mutua ayuda y desarrollo sostenible]

Asimismo, el *comercio como un espacio para el intercambio ha sido una constante histórica que ha permitido la distribución de productos, bienes y servicios para satisfacer las necesidades y demandas de unos y otros*. Tanto los grupos dominantes, como los dominados, conocen esta lógica. Igualmente, en las sociedades precapitalistas, los comerciantes han sido muy apreciados por ser un instrumento para hacer crecer las ventajas de la convivencia entre los diferentes ámbitos geográficos e históricos. Comercio como vía para el intercambio de productos, ideas, y patrones culturales, lo que en definitiva se convertía en medio de acercamiento y comprensión del «otro». Y, aunque en algunas ocasiones los comerciantes han apoyado acciones bélicas con el objetivo de controlar nuevos mercados, especialmente en la época contemporánea, también han sido los argumentos mercantiles los sostenedores de que sin la paz no es posible el comercio.

La *Paz*, en general, ha estado relacionada con la sensibilidad de los pensadores y los artistas. Mo Ti o Mo-Tzu es un buen ejemplo de ello. Él fue un importante filósofo chino del siglo V a.C., que influyó poderosamente entre las clases populares y desposeídas, muy posiblemente porque su mensaje dirigido a campesinos, pequeños artesanos y propietarios era comprensible por muchos y alentaba a la esperanza y la redención de un orden más justo y pacífico que, por extensión, debía compartirse con todos al margen de su condición social o económica. En su obra *La política del amor universal*, el principal mensaje que destila su literatura es la justicia y el amor universales, que deben de practicarse en todas las acciones: tanto las cotidianas, como las muy excepcionales. Se trata de un ideal de vida que forma la personalidad individual bajo los valores de justicia, equidad, sobriedad, razón, etc. con el fin de proyectarla socialmente. Mo Ti es un ejemplo de sabio interesado en ofrecer respuestas y caminos, junto a él –y a lo largo de estos tres mil últimos años de la Historia de la humanidad– han sido muchísimos los actores, filósofos y librepensadores, que han alumbrado su compromiso por la paz de todos.

Las sociedades de la solidaridad son actores muy destacados en la construcción de la paz mundial. Las sociedades de la solidaridad resultan imprescindibles en un mundo cada vez más globalizado e interrelacionado, dado su carácter cívico, diplomático, paliativo, mediador y reconciliador. Las ong's están formadas por una ciudadanía activa y comprometida, que da vitalidad a la sociedad civil democrática y ayuda a la justicia. A través de la denuncia y la crítica de las causas que motivan los conflictos internacionales, macro y micro (hambre, pobreza, armamentismo, etc.), con su trabajo en los campos del humanitaris-

mo (desarrollo alternativo, apoyo a las mujeres y la infancia, medio ambiente, derechos humanos, etc.) y su capacidad de gestión y de adaptación a todos los niveles (grandes catástrofes o proyectos y programas pequeños) han permitido revivir un conjunto de valores éticos de matriz universal, como la solidaridad, el altruismo, la interdependencia, el sacrificio, la generosidad y la justicia. Es también su trabajo un viaje de ida y vuelta, que busca la reciprocidad, que persigue la intersubjetividad y el diálogo porque el que ofrece paz quiere recibir también comprensión y paz.

Preámbulo: Considerando que la libertad, la justicia y la paz en el mundo tienen por base el reconocimiento de la dignidad intrínseca y de los derechos iguales e inalienables de todos los miembros de la familia humana; Considerando que el desconocimiento y el menosprecio de los derechos humanos han originado actos de barbarie ultrajantes para la conciencia de la humanidad; y que se ha proclamado, como la aspiración más elevada del hombre, el advenimiento de un mundo en que los seres humanos, liberados del temor y de la miseria, disfruten de la libertad de palabra y de la libertad de creencias; Considerando esencial que los derechos humanos sean protegidos por un régimen de Derecho, a fin de que el hombre no se vea compelido al supremo recurso de la rebelión contra la tiranía y la opresión; Considerando también esencial promover el desarrollo de relaciones amistosas entre las naciones; Considerando que los pueblos de las Naciones Unidas han reafirmado en la Carta su fe en los derechos fundamentales del hombre, en la dignidad y el valor de la persona humana y en la igualdad de derechos de hombres y mujeres; y se han declarado resueltos a promover el progreso social y a elevar el nivel de vida dentro de un concepto más amplio de la libertad; Considerando que los Estados Miembros se han comprometido a asegurar, en cooperación con la Organización de las Naciones Unidas, el respeto universal y efectivo a los derechos y libertades fundamentales del hombre; y Considerando que una concepción común de estos derechos y libertades es de la mayor importancia para el pleno cumplimiento de dicho compromiso. La Asamblea General Proclama la presente Declaración Universal de Derechos Humanos como ideal común por el que todos los pueblos y naciones deben esforzarse, a fin de que tanto los individuos como las instituciones, inspirándose constantemente en ella, promuevan, mediante la enseñanza y la educación, el respeto a estos derechos y libertades, y aseguren, por medidas progresivas de carácter nacional e internacional, su reconocimiento y aplicación universales y efectivos, tanto entre los pueblos de los Estados Miembros como entre los de los territorios colocados bajo su jurisdicción. (Declaración Universal de Derechos Humanos, Adoptada y proclamada por la Asamblea General en su resolución 217 A (III), de 10 de diciembre de 1948)

Esta nueva ciudadanía incorpora a la agenda política internacional cuestiones como la defensa de los derechos humanos, la ayuda humanitaria y el derecho de injerencia ante peligros y desastres manifiestos. La paz positiva es para ellas, por tanto, un valor en alza para trascender la gestión de conflictos y el establecimiento de la paz. [V. Fig. 5]



Fig. 5. Agentes de Paz



5. Momentos históricos pacíficos

Los manuales de historia reflejan muy escasamente los momentos de Paz. Esto refleja una doble concepción: primero, pocos son los momentos catalogados como tales, siendo las guerras lo que divide y subdivide etapas y procesos; y, segundo, que estos momentos de paz carecen de contenidos y, por tanto, no vale la pena ser explicados. Siendo el resultado que de muchos procesos pacíficos carecemos de conocimiento e interpretaciones ¿Por qué ocurre esto?

En parte por la interpretación del significado de estos periodos «silenciados», que son entendidos como «normalidad pacífica», aquella en la que la inmensa mayoría de los conflictos se regulaban pacíficamente. Aquellas realidades en las que las fuentes directas, o bien han desaparecido por cualquier circunstancia, o no «creyeron» necesario reflejar acontecimientos sin apenas importancia, sin ninguna gesta especial de poder, sin ninguna actividad «visible» por encima de las demás, sin ningún acontecimiento de alta entropía. Sólo en ciertas etapas, los historiadores han hecho uso, en pocas ocasiones, de la

catalogación de períodos por los aspectos más positivos, tales como la Edad de Oro y de Plata de la Cultura, el Siglo de las Luces o la Paz de Westfalia..., pero son los menos.

Pero ya hemos visto cómo en la Prehistoria los métodos de regulación pacífica de los conflictos eran los dominantes, y así mismo lo desarrollaremos en el Apéndice sobre *La paz en Andalucía*, ya que estas actitudes representaban el éxito de los grupos [V. XVIII.1. La llegada de unos homínidos cooperativos]. De otro lado algunos autores hablan de una *Pax sumérica* al referirse a los cerca de setecientos años que Uruk, la primera ciudad sumeria y probablemente humana, vivió sin conocer ningún conflicto bélico. Todo lo cual es de muy alto interés porque estos momentos de máximo esplendor, cuando nació la ciudad, el urbanismo, la «civilización» y la escritura, estuvieron presididos por unas relaciones pacíficas.

En la Europa de la Alta Edad Media la idea de paz sirvió para buscar el reequilibrio y la armonía. Este nuevo impulso adquirió una amplia dimensión, desde su oposición al pillaje y la violencia, hasta un rearme espiritual y cosmológico. La Iglesia fue la institución que encabezó tal movimiento e intentó que tuviera repercusión en todos sus ámbitos de influencia: el cuerpo, el alma y la sociedad. Los temas de debate fueron desde la paz hasta la guerra justa.

La *Paz de Dios (pax Dei)* suponía limitar las acciones violentas contra los componentes eclesiásticos y sus propiedades para después irse extendiendo a otros actos y sectores como los agricultores y los pobres. Parte de esta protección se manifestaba en la solicitud de una especie de salvoconducto para todos los no combatientes y sus bienes (eclesiásticos, peregrinos, eremitas, conversos, mercaderes, mujeres, ancianos, niños, etc.). [V. IV. *Culturas religiosas y Paz*]

Fue complementada por la *Tregua de Dios (tregua Dei)* que limitaba en el tiempo la realización de actos violentos, comenzando por ciertos días de la semana, así como determinados períodos importantes para el calendario (Adviento, Navidad, Cuaresma, Pascua, Rogaciones, Pentecostés, fiestas de la Virgen, etc.).

Y la *ius ad bellum* consistió en un debate sobre la «guerra justa», en el que se señalaban cuáles debían ser las circunstancias por las que podría ser declarada una guerra siempre como defensa ante un ataque, como intento de recobrar la paz y el bienestar generales, con un afán de justicia y no de venganza, etc. Más controvertida, su utilización y su mensaje, no obstante, sirvió para limitar y controlar ciertos extremos de violencia. [V. XIV.3.1. No a la guerra]

Por último, bajo esta atmósfera algunos grupos de iglesias minoritarias protestantes se opusieron radicalmente al uso de la guerra para resolver disputas, señalando sólo la *noviolencia* como instrumento contra el mal, de este grupo surgieron cátaros, husitas, valdenses, etc. [V. XII. *Principios y argumentos de la Noviolencia*]

Los *tratados* son los episodios históricos más conocidos de todos. El tratado, generalmente, viene a ser lo que refrenda el final de una guerra y el inicio de un nuevo período con un gran significado para los firmantes y sus pueblos. Es la institucionalización que abre una etapa de regulación por vía pacífica de los conflictos, así como recogen muchos sentimientos y deseos de grupos y sectores de la población. En una Historia de la Paz, los tratados deberían de designar todo el período que les sigue y no sólo el momento del acuerdo o, aún peor, de la guerra que le antecede o poscede.

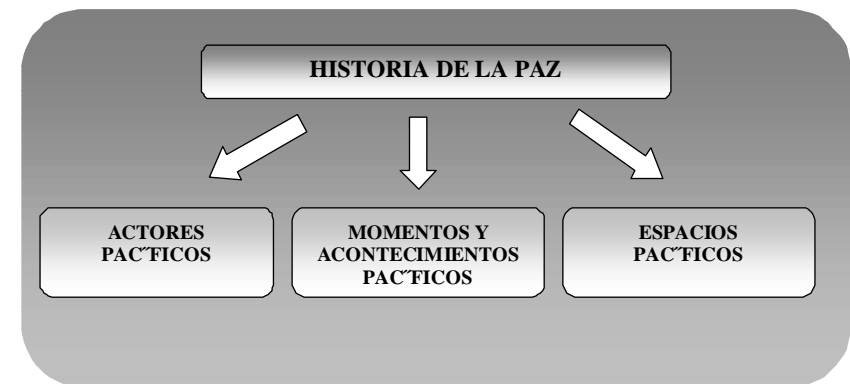


Fig. 6. Bases para una Historia de la Paz

Los investigadores de la paz han identificado como *Planes de Paz* las propuestas elaboradas por gobernantes, pensadores o filósofos. En ocasiones, el origen y finalidad de éstos ha sido responder críticamente a los planes de guerra. También, muchos proyectos nacieron para motivar la formación de coaliciones de naciones y modelos políticos superadores de aquélla o como garantía de equilibrio y seguridad. Estos planes permitieron –en el momento de convertirse en literatura– divulgar nuevas propuestas, motivar ideas y ocasionar debates entre las élites intelectuales de su tiempo, quedando en la

actualidad como un conjunto de proyectos que sirven para reconstruir la historia de la paz. [V. Fig. 6]

Pensadores del período de la historia moderna como Pierre Dubois, Dante Aligheri, Marsilio de Padua, George Podebrad, Hugo Grotius o Willim Penn; o personajes tan importantes en el mundo cristiano como Erasmo de Rotterdam (*Querrela de la Paz*, 1517), así como los ilustrados: John Bellers, el abate Saint-Pierre, Jean Jacques Rousseau, Jeremy Bentham o Immanuel Kant (y su *Paz Perpetua*, 1795). Igualmente, el socialismo utópico y el científico, filántropos, economistas y científicos sociales en el siglo XX, así como grupos feministas y de resistentes a la guerra, entre otros, han inspirado programas de paz para expandir la justicia y la libertad. [V. III.5. Mujeres, feminismo y pacifismo; 3.5. El poder integrador]



6. Espacios pacíficos

En el mismo sentido que hemos propuesto revisar las referencias temporales de la historia ahora proponemos revisar los espacios. Aunque las historias que manejamos se autotitulan «universales» en realidad sólo es una pretensión. Los propios historiadores saben que no pueden acceder –en otras ocasiones olvidan– a gran número de actores, periodos y espacios. La pretensión contraria también podría ser una ingenuidad, ni tenemos, ni tendremos, capacidad para abarcar absolutamente todas las situaciones de la historia de la humanidad. Así, la *Primera Guerra Mundial*, en realidad no afectó a muchos lugares del planeta, es decir, no siempre la violencia está y abarca todos los espacios. Esto implica que, aunque cueste un gran esfuerzo indagar sobre los espacios en los que se da equilibrio, seguridad y sostenibilidad, condiciones todas ellas muy importantes para la paz, podemos comprobar cómo existen muchos espacios de paz «imperfecta» en lo micro, meso y macro de las sociedades humanas.

Cabe también, incluir en la categoría de espacios pacíficos a aquellos *escenarios y edificios destinados a una función de extensión o conservación de la Paz*, bien santuarios, templos, monasterios, cementerios, sanatorios, colegios o universidades donde cualidades como la tolerancia, la caridad, la ayuda o la compasión están presentes. O bien, también, imágenes, estatuaria o arquitecturas que en su ubicación o por su simbolismo son un espacios reconocido de paz.



7. Acontecimientos pacíficos

Aunque hemos distinguido en la Historia de la *Paz* entre espacios históricos de *paz*, momentos históricos y, actores y actrices que contribuyen a edificar la *Paz*, en la práctica, tal división sólo existe como instrumento intelectual que nos permite explicar y comprender mejor la complejidad de la propia paz en la historia. Por ello resulta natural que, en los casos anteriormente expuestos, nos encontremos con múltiples combinaciones de esos elementos. No obstante, sí es cierto que desde la última mitad de nuestro siglo XX existen, al menos, dos realidades que ciertamente combinan mejor que ninguna otras todos los elementos en juego: espacio, tiempo y actores. Son realidades tan dinámicas de recursos humanos y energías positivas que prometen tener una continuidad en el tiempo (para el siglo XXI), en el espacio (llegar a todos los rincones del planeta), e implicar, cada vez a más y más grupos sociales (actores y actrices) comprometidos con la construcción de la paz y sus actividades.

En ambos casos nos estamos refiriendo: de una parte, a la *expansión de la galaxia de los derechos, libertades y necesidades humanas que supone la Declaración Universal de los Derechos Humanos* y; de otra, a la utilización de la *noviolencia* como instrumento de cambio y transformación social y política en cada vez más sociedades que necesitan modificar sus realidades injustas, indignas y violentas [V. XIV. *Poder, Política y Noviolencia*]. Ambas variables nos representan mejor que ningunas otras sus potencialidades, sus proyecciones para el futuro y la búsqueda de denominadores comunes que traspasen cualquier forma o fondo de relativismo cultural o social.

Con la conquista por el reconocimiento de los derechos humanos en todos los rincones del planeta, la Historia de la *Paz* se refuerza, se reafirma y se acrecienta en los valores de la dignidad, la justicia y la libertad de «todos los miembros de la familia humana». La historia de su construcción es paralela a la Historia de la *Paz*, porque han sido todos los seres humanos, todas las sociedades y sus valores los que han ido aportando, desde todas sus concepciones mitológicas, religiosas o filosóficas parte de lo que hoy es considerado como patrimonio común. La denominada Declaración Universal, aunque aprobada en el siglo XX, no deja de ser sino el resultado más acabado y último de una largísima trayectoria humana de lucha por las libertades y por la dignidad, que no se agota en la mencionada declaración. Aquella es un punto de referencia esencial, un espacio o territorio común que permite a los ciudadanos de bien, a las víctimas, a los débiles, etc., pero también a los poderosos, a los

violentos y genocidas, tener un punto de referencia ético, universal, de fuertes vinculaciones morales, que nos recuerda la dependencia que tenemos los unos de los otros, que nos evoca el lugar más alto de conquista al que hemos llegado y aspirado como humanidad, que nos despierta contra las injusticias y los atropellos.

No es poco que, toda la humanidad, se haya puesto de acuerdo en hacer suya la Declaración, que se haya podido llegar a ese altísimo grado de consenso. Es, de momento, el instrumento más acabado que resumiría –mejor que ningún otro– la historia de la paz elaborada por la humanidad, dándole el espejo del pluralismo y de universalidad que tenemos como especie. Un instrumento que permite fijar criterios, que coloca al ser humano en el centro del universo político, económico, social y cultural; que echa raíces para construir futuros de paz; que alienta la reconciliación planetaria; etc.

Igualmente la lucha por los derechos humanos está permitiendo la constitución de una sociedad civil internacional que colabora, amplifica y mejora con sus acciones las múltiples dimensiones que pueden tener los derechos humanos en los planos socializadores, educativos, ambientales, económicos, políticos, emocionales, etc. Cada incorporación, cada nueva variable al debate esencial de los derechos, sea la lucha contra la tortura, la denuncia de la utilización de los niños en las guerras, la abolición de la pena de muerte, la extinción de las formas de esclavitud, etc., son jalones para la construcción de una Historia de la Paz.

La noviolencia es, posiblemente, la herramienta y la práctica histórica más importante de construcción de paz que se ha redescubierto en el siglo XX gracias a pensadores y líderes como Gandhi, Luther King, Aung San Suu Kyi o Petra Kelly, aunque aquella haya sido una de las corrientes de expresión humana más antiguas y universales, que no siempre se ha evidenciado –en los libros de historia– con toda su potencialidad. Su historia, sin embargo, es rica y se ha manifestado a través de múltiples expresiones religiosas, políticas, sociales, económicas, tanto colectivas, como individuales, aunque no siempre el concepto haya estado muy claro por quienes lo practicaban o usaban de manera sistemática u ocasional. En la contribución a la *noviolencia* están personajes y doctrinas que han influido poderosamente en la historia de la humanidad como: el jainismo, el budismo, el taoísmo, el cinismo, el estoicismo, el cristianismo primitivo, el cristianismo radical protestante (husitas, menonitas, cuaqueros, amish, etc.) o la objeción de conciencia; así como personajes de la talla de Lao Tsé, Buda o Cristo. [V. XIII. *Métodos y praxis de la noviolencia*]

Los principios de la *noviolencia* tienen la virtud de haberse convertido en instrumentos transculturales, tales como: no usar la violencia, no causar daño de ningún tipo (no sólo físico sino también psicológico), buscar siempre la verdad en los conflictos y su resolución, explorar todas las vías de diálogo, construir pensamientos alternativos que no sean dependientes de la violencia, utilización de la persuasión en las relaciones antes que la coerción, manifestar la fortaleza de las convicciones y de los principios éticos y morales sobre los que se asienta esta forma de lucha sin armas, no colaboración con las injusticias, no cooperación con el mal y desobediencia frente a la abyección, entre otras.

En una Historia de la Paz, cercana en el tiempo a nosotros, la *noviolencia* ha sabido demostrar su gran influencia en multitud de movimientos sociales y de acciones colectivas en favor de los derechos civiles de las minorías raciales desposeídas, de la lucha contra el apartheid, de la defensa de los derechos de las mujeres y los niños, de los movimientos por el desarme y el pacifismo, de grupos con formas de vida alternativas, de comunas o movimientos vecinales, etc.; también porque desde un punto de vista práctico, la *noviolencia* es una doctrina con una enorme potencialidad para legitimar cualesquiera fines que se persigan, porque es capaz de levantar mayoritarias simpatías incluso entre quienes no coincidan con esos movimientos; y porque genera enormes satisfacciones entre quienes la practican, permitiéndoles construir la paz con instrumentos como la reconciliación, la *Cultura de la Paz* y el perdón, entre otros. [V. IV. *Culturas, Religiones y Paz*, XV. *Cultura de Paz y Educación*]



8. Una Historia de la Paz

Creemos que con el grado de conocimiento que hoy se tiene de la historia sería posible reconstruir una Historia de la Paz. No es una tarea que pueda ser completada en breve. Pero lo que es más importante es que esta historia forme parte de la Historia General, que la Paz sirva para explicar buena parte de las conductas humanas. Por tanto, recuperar la Historia de la Paz y con ella contribuir a construir la única Historia posible: la que aúne, analice y explique, las dinámicas de los distintos grupos, realidades, culturas y actitudes, sin olvidar sus interrelaciones, que son las que permiten comprender unitariamente toda la sociedad humana.

Igualmente sabemos que desde el uso de la violencia (directa, cultural, estructural, etc.) y desde su institucionalización y fijación, ésta juega un papel

muy importante, especialmente para los grupos dominantes. Sin embargo, esto no debe hacernos creer que la violencia es omnipresente, hay que hacer también un juicio más crítico sobre la misma, sobre sus limitaciones. De hecho un porcentaje altísimo de la historia de la humanidad tiene lugar sin violencia, porque regular pacíficamente muchos conflictos resulta más satisfactorio hacerlo desde la *Paz* que desde la violencia. Esta es una de las lecciones más importantes de nuestra historia como especie.

Uno de los mayores avances con respecto al estudio de la violencia ha sido el desvelar las relaciones causales existentes entre las diferentes escalas donde se produce. Para ello hubo que ampliar el concepto de la violencia directa contra las personas a considerar, también, la no satisfacción de las necesidades (hambunas, explotación, marginación, intercambio desigual, pobreza, etc.). [V. IX. *Qué es la violencia*]

La primera pregunta que se hizo la Investigación para la Paz fue cómo eran las relaciones entre unas y otras formas de violencia. Pero el avance más espectacular se dio cuando se precisó que podían existir relaciones causales entre las diferentes escalas e instancias donde se regulan violentamente los conflictos, a esta nueva categoría analítica se le llamó *violencia estructural*. Si bien, tradicionalmente, los ejércitos son las instituciones que representan la mayor concentración de violencia y el armamentismo y la guerra son manifestaciones de la violencia directa, lo son también de formas de violencia cultural y simbólica. Pero, paradójicamente, la mayor parte de las víctimas de la violencia lo son por causas estructurales y no por la propia guerra. Esto implica que los sistemas están organizados de tal manera que los conflictos se regulan de manera tan insatisfactoria e irracional que pequeños grupos privan a muchos grupos de lo esencial, generando con ello muchas formas interrelacionadas de violencia, produciendo a veces daños irreparables. [V. X. *Manifestaciones de la violencia*]

En la realidad no existen ni individuos ni grupos que puedan ser catalogados simplemente como pacíficos o violentos. Incluso la propia paz difícilmente puede ser perfecta. Así, la imperfección de la paz y la violencia formarían parte de una obligada convivencia: ninguna existe por sí misma, ambas formarían una *matriz social* en la que conviven todas las posibilidades, siendo los actores los que barajan sus preferencias, optan por potenciar unas vías frente a otras, determinan con sus acciones y omisiones más paz o más violencia. Pensar en clave de matriz supone aceptar que en la sociedad existen variadas posibilidades y proyectos que de acuerdo con las dinámicas sociales son seleccionados.

Igualmente, con esta explicación se podrían entender las distintas mediaciones e interrelaciones (diacrónicas y sincrónicas, etc.) entre la *Paz imperfecta* (interrelaciones causales entre los distintos ámbitos y escalas donde se regulan pacíficamente los conflictos) y la *Violencia estructural* (interrelaciones causales entre los distintos ámbitos y escalas donde se regulan violentamente los conflictos). Esta perspectiva refuerza el camino superador del antagonismo dual entre bien y mal, pacífico versus violento, para aceptar situaciones intermedias y mediaciones. Y, si bien, no todas las situaciones históricas pueden ser interpretadas en clave de conflictos, ni de dialéctica de regulaciones pacíficas y/o violentas, la mayor parte sí. Porque otra clave es la *negociación*, una forma de mediación que articula distintas realidades. [V. Fig.7.]

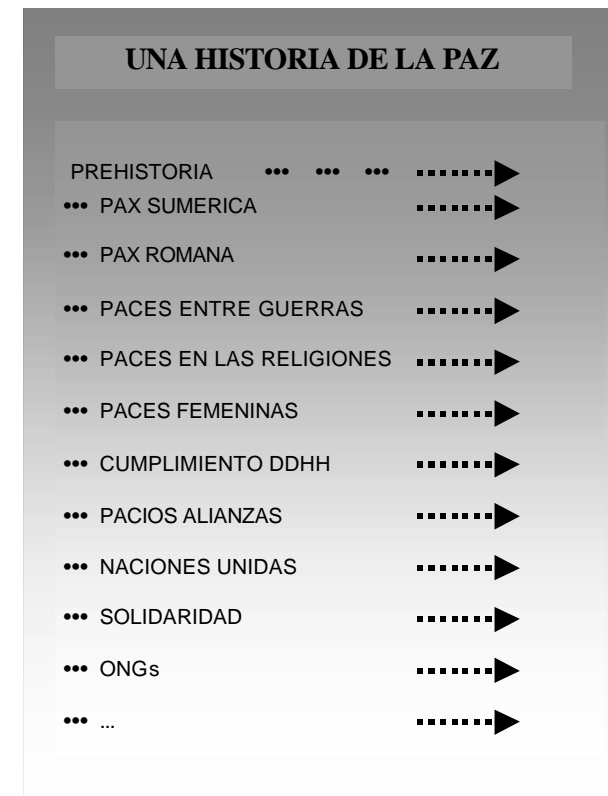


Fig. 7. Hechos para reconstruir una historia de Paz



9. La construcción de futuros pacíficos

Todas las sociedades han encerrado en su acervo cultural la prevención del *mañana*. Es una forma de solidaridad con las generaciones no nacidas, es la capacidad de construir escenarios futuros donde los conflictos sean regulados o prevenidos. También la Historia, guía, maestra y consejera, puede ayudarnos a trazar líneas maestras que den mayor confianza al ser humano en sí mismo y expandan mayores cotas de libertad, tolerancia y a todo el patrimonio de valores con los que se construye la paz. [V. XVI. *Agendas de la Paz*.]

En este sentido, la *Historia de la Paz debería ser –de cara al futuro– la búsqueda y el hallazgo de puntos de confluencia de la diversidad, la multiculturalidad y el mestizaje entre filosofías, religiones y culturas que dialoguen, se entiendan y se mezclen. Paz como unidad de la diversidad, como encuentro, complementariedad y compatibilidad. Siendo la paz una opción racional, el equilibrio, la sostenibilidad y la seguridad le son propias. Dado también el patrimonio experiencial humano, se pueden crear imágenes positivas del futuro, más audaces y atrevidas, también más alternativas, manteniendo vivas las esperanzas, la capacidad de decisión y las expectativas creativas, imaginativas y optimistas.* [V. IV. *Culturas, Religiones y Paz*]

En este contexto deberían trabajar las reconstrucciones del pasado, la superación de las violencias y las capacidades para saber vivir con los conflictos. Sobre estos fundamentos, también, se desarrollan las culturas de la reconciliación con sus cimientos éticos, religiosos o políticos que no desconfían del futuro, que no viven sólo en el pasado y que son capaces de crecer con el dolor para superar las injusticias y las iniquidades. [V. XVII. *Futuro, Seguridad y Paz*]

Asimismo, la cultura de la paz, en todas sus múltiples dimensiones programáticas y conceptuales, bajo los principios de la dignidad, la libertad y la justicia permiten asentar los valores de nuestra construcción social, reformular paradigmas y ofrecer esperanzas bajo un serio optimismo antropológico que atienda necesidades, derechos y responsabilidades. [V. XV. *Cultura de Paz y Educación*]

Bibliografía recomendada

- ARON, Raymond (1985) *Paz y guerra entre naciones*, Madrid.
- BOUTHOL, Gaston (1984) *Tratado de polemología (Sociología de las guerras)*, Madrid.
- BLUHM, William T. (1985) *¿Fuerza o libertad? La paradoja del pensamiento político moderno*, Barcelona.
- CANO PÉREZ, M. J. – MUÑOZ, F. A. *Hacia un Mediterráneo pacífico*, Granada.
- EIBL-EIBESFELDT, I. (1989) *Guerra y Paz*, Barcelona.
- MANN, M. (1986) *Las fuentes del poder social, I*, Madrid.
- MUÑOZ, Francisco A. (1993) Sobre el origen de la Paz (...y la Guerra), en RUBIO, A. (ed.) *Presupuestos teóricos y éticos sobre la paz*, Granada, 95-116.
- MUÑOZ, Francisco A. (Ed.) *La confluencia de culturas en el Mediterráneo*, Granada.
- MUÑOZ, Francisco A. - LÓPEZ MARTÍNEZ, Mario (ed.) (2000). *Historia de la Paz. Tiempos, actores y espacios*, Granada.
- MUÑOZ, Francisco A. – MOLINA RUEDA, Beatriz (eds.) (1998) *Cosmovisiones de paz en el Mediterráneo antiguo y medieval*, Granada.